



Pauline Harmange

Hombres, los odio

Traducción de Ana Pedrero

PAIDÓS Contemporánea



1

Misandria, sustantivo femenino

Quizá convendría definir primero el concepto de misandria tal como lo emplearé a lo largo de este texto. Hablaré, pues, de la misandria como un sentimiento negativo hacia el género masculino en su conjunto; un sentimiento que puede abarcar desde la simple desconfianza hasta la hostilidad y que generalmente se manifiesta en forma de impaciencia ante los hombres y de rechazo a su presencia en los círculos femeninos. Y cuando digo «hacia el género masculino», me refiero a todos los hombres cisgénero que

se han socializado como tales y que gozan de sus privilegios sin cuestionarlos en absoluto, o cuestionándolos bien poco (sí, la misandria es un concepto estricto y elitista).

Finalmente, la misandria es un principio de precaución. Tras tantas decepciones, en el mejor de los casos, y maltratos, en el peor, por parte de los hombres —especialmente una vez asimilada la teoría feminista que explica el patriarcado y el sexismo—, es de lo más natural desarrollar una coraza y no confiar en el primero que pasa y que nos asegura que sí, que *él* es bueno de verdad.* Dicho esto, bastará con que el tipo en cuestión dé pruebas de ello y demuestre su buena voluntad para que nuestros sentimientos más hostiles se calmen. Pero jamás dejará de estar en periodo de prueba: no es nada personal contra ese hombre en concreto; es solo que no resulta fácil renun-

* Una pequeña observación desprovista de fundamento científico: la mayor parte del tiempo, cuando un hombre se empecina en garantizar que es bueno, basta con rascar dos segundos para hacer saltar el barniz. Pasa un poco como con el sexo, solo que, en esta ocasión, es cierto: por la boca muere el pez.

ciar a los privilegios, y todavía cuesta más promover activamente que todos nuestros semejantes se vean privados de ellos. Un día te da flojera y ¡zas!, te ves tentado a tirarle los tejos vulgarmente a una tía en la discoteca, aun cuando ella haya manifestado ya su desinterés varias veces. Un mal día y ¡puf!, vuelves a interrumpir sin parar y a caer en el *mansplaining* sin ningún tipo de reparo. Si vigilamos también a los tipos que nos parecen correctos, es porque todo el mundo patina, y los hombres blancos cisheterosexuales, ricos y sin discapacidades son los más susceptibles de hacerlo. La suma de sus privilegios es tan grande que los arrastra hacia el inmovilismo. Si esperamos de los hombres que se comporten de forma modélica es porque cuando nosotras hablamos, nadie nos escucha. No dejaremos que hagan las cosas a medias.

Lo mínimo que puede hacer un hombre ante una mujer que sostiene un discurso misándrico es callar y prestar atención. Aprenderá muchas cosas y crecerá como persona. Por supuesto, puede llegar a estar de acuerdo en algún momento, pero debe procurar no pa-

sarse de rosca —esto es, arrepentirse y gemir con desespero—, porque a ninguna mujer, especialmente si es misándrica, le apetece ver a un hombre llorar por su suerte de hombre privilegiado mientras se hace el mártir. Todavía no he conocido a ningún hombre que reivindique su propia misandria, pero creo que me causaría el mismo efecto que cuando oigo que un hombre se declara feminista. Ante este último, las activistas feministas reaccionan como por instinto con un gesto de rechazo y se lo miran con recelo. Somos muchas las que pensamos que los hombres no pueden ser feministas, que no se van a apropiarse de un término acuñado por las oprimidas. Porque es de lo más habitual que los hombres que dicen ser feministas y lo gritan a los cuatro vientos no hayan «deconstruido» sus privilegios tanto como pretenden aparentar y se aprovechen de ellos alegremente para pisotear a las mujeres de su entorno o para abusar de ellas. Y también porque hay pocas cosas más agotadoras que ver cómo a los hombres se les ponen unas medallas desproporcionadas por esfuerzos minúsculos, mien-

tras que las mujeres seguimos sometidas a unos estándares imposibles que siempre nos convierten en perdedoras. No podemos seguir enalteciendo a los hombres por cosas tan rematadamente banales como salir antes del trabajo para ir a buscar a su hijo al colegio. No debemos olvidar que, en las mismas situaciones sociales, a las mujeres siempre se las señala y se las critica, hagan lo que hagan.

Ojo, que no estoy diciendo que los hombres no deban interesarse por el feminismo, entender la lucha y compartir sus valores. Todo lo contrario; lo que les reprocho es precisamente que no se interesen lo suficiente, o que lo hagan por las razones equivocadas, por ejemplo para enrollarse con alguna feminista (atención, no lo intenten en sus casas). Hay una gran diferencia entre «comprender una opresión y sus mecanismos y reconocer el propio lugar de uno en el sistema» y «apropiarse del movimiento para ponerte en primera fila y hacer una vez más que todo gire en torno a ti». A los hombres les pedimos que utilicen su poder, sus privilegios, con buen tino: vigilando a los demás miembros masculinos y a su entor-

no, por ejemplo, sin explicar a las mujeres cómo deben librar su lucha. A los hombres les pedimos que se queden en su sitio; no, de hecho, les exigimos que aprendan a ocupar menos espacio. Aquí no tienen el papel protagonista, y deberán acostumbrarse a ello.

Si establezco con frecuencia el paralelismo entre misandria y feminismo es porque me han hecho falta muchos años de feminismo para ver crecer en mí esta hostilidad hacia los hombres, para asumirla y dejar de fingir, incluso delante de los hombres de mi entorno. La práctica regular del feminismo es la que permite, en mi opinión, desarrollar la seguridad y la confianza necesarias para alcanzar este punto. Vamos ganando valentía porque las cifras de actos violentos cometidos contra las mujeres se examinan y analizan a través de un prisma sociológico,* y porque somos conscientes de que lo que experimentamos en nuestras re-

* Hablamos de violencia física (agresiones, violaciones...) y de violencia simbólica, como, por ejemplo, la idea comúnmente aceptada de que las mujeres carecen del carácter y de las habilidades necesarias para ser dirigentes competentes.

laciones, tan a menudo relegadas al plano de lo íntimo y lo personal, tiene una dimensión política, un carácter sistémico, y que no es que nos montemos películas porque a las mujeres nos encanta provocar dramas.

Es entonces cuando comprendemos que no estamos solas —no somos las únicas a las que han silbado por la calle, a las que nos ha agredido un tío que pensábamos que estaba de nuestro lado o las que «llevamos la casa»—; y que nuestro hartazgo no se debe a que no tengamos aguante o a que busquemos el conflicto, sino a una profunda injusticia de la que *todas* somos víctimas.

He observado un patrón similar en la postura de muchas de mis amigas y conocidas en relación con el feminismo y la misandria. Al principio están poco politizadas, son feministas «a la francesa» (es decir, muy dispuestas a reconocer las desigualdades entre hombres y mujeres en los demás países del mundo, pero más bien propensas a pensar que en su Francia natal todo va bien y que tampoco nos podemos quejar), pero poco a poco van profundizando, informándose, hasta llegar a estar fran-

camente indignadas por todo lo que ocurre, tanto allí como aquí, y a sentir rabia en lo más profundo de su ser. A medida que investigan, no pueden pasar por alto lo evidente: que los hombres y su virilidad suponen un problema para el conjunto de la sociedad, sí, pero especialmente para las mujeres. Y ahí es donde se vuelven misándricas. Porque no abundan las soluciones alternativas, y porque ahora que han abierto los ojos ante la profunda mediocridad de la mayoría de los hombres, ya no les quedan razones para apreciarlos así como así.